

rón; y decían estos indios, que en castigo de la muerte que le dieron los de Chila, de muchos años antes estaba despoblado de una peste mortal que vino sobre ellos, de que murieron más de veinte mil indios que le habitaban, y que sólo quedaban las ruinas de los edificios y los plantíos y frutales, y está tal la tierra, que ni aun ganado puede morar en ella, como lo han experimentado los españoles que varias veces han querido poblar allí algunas estancias.

Tenían por cierto estaba enterrado el cuerpo de este santo varón en un lugar de la dicha serranía, tan venerado y respetado entre ellos, que no osaban subir á él, añadiendo los españoles más antiguos que queriendo años antes cavar en aquel lugar para descubrir el tesoro de sus preciosas reliquias, les cayó á todos tan gran pasmo, que no podían jugar los brazos. Hasta aquí el Padre en su relación; y aunque aquella gente le rogaba con instancia llegara á ver estos rastros, por irse cumpliendo los días que llevaba de la patente de su misión y haber de dar la vuelta á su Colegio, no lo pudo hacer. Y parece confirmó el Señor la verdad de este negocio, porque después vino el cura de aquel valle á la dicha ciudad de Guadalajara y contó al señor Obispo una revelación que había tenido un buen hombre, napolitano de nación, llamado Bartolomé, hombre llano y muy buen cristiano, á quien el Padre trató y confesó al tiempo que estuvo en su misión. Era este hombre pescador, y estando una mañana con su gente echando un lance á la baja mar, vió venir sobre las aguas una cruz resplandeciente, la cual vieron todos los que con él estaban y quedaron despavoridos, y no pudiendo huir, hincados de rodillas en la playa encomendándose al Señor, aguardaron á que llegase, y afirmaba aquel buen hombre haber visto en medio de esta cruz un varón venerable vestido de blanco, que le dijo: «Bartolomé, no te vayas, porque no lo quiere Dios (trataba éste de dejar aquella pesquería por poblar otra mejor algunas leguas la mar arriba), vete á Compostela (lugar muy distante de este valle) y dile al cura que procure vivan bien sus feligreses, por cuyos pecados no descubre Dios un tesoro que tiene escondido en este valle.» Quedó el hombre muy temeroso, y luego al punto se partió á ejecutar este mandato, y el dicho cura vino á contar el caso al señor Obispo. Hasta aquí la relación que hallé escrita en una carta anna de las que cada año suelen escribir en nuestra Compañía de las cosas singulares y de edificación que suceden en la Provincia, y ésta era del año de 1614, firmada del venerable P. Rodrigo de Cabredo, Visitador y Provincial que fué de nuestra Provincia de Nueva España. Y yo quise escribir aquí las noticias de este caso, que puede ser Nuestro Señor descubra más en algún tiempo para gloria suya, y se conozca el siervo discípulo suyo que predicó su doctrina en estas remotas partes de Indias Occidentales, cosa que hasta hoy no está averiguada. Con estas noticias y frutos antes de ellas referidos, se volvieron los Padres que habían salido á esta misión de su Colegio de Guadalajara, del cual después acá se han hecho otras muy importantes, en especial siendo Obispo de esta santa Iglesia el Ilmo. Don Fray Francisco Rivera, del orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Prelado de grande celo y prudencia, que despachó por todo su Obispado con grandes facultades al P. Juan Dávalos, de nuestra Compañía, para que por todo él ejercitase los ministerios que los misioneros de ella suelen ejercitar; y de los frutos maravillosos que de esta misión se siguieron, dijimos

algo en la vida que escribimos de este fervorosísimo varón. Y ahora escribiremos las de algunos que la remataron santamente en este Colegio de Guadalajara.

## CAPITULO XXIII.

DE LA DICHOSA MUERTE DEL PADRE RECTOR DE ESTE COLEGIO,  
DIEGO DE VILLEGAS. AÑO DE 1598.

Bien podemos contar por fruto de este Colegio para el cielo la dichosa muerte de su Rector P. Diego de Villegas, á la cual llamo dichosa por haberla precedido una muy religiosa y santa vida, que aunque no prolongada en años, la halló Nuestro Señor llena de merecimientos y sazónada para el cielo.

Nació el Padre en la ciudad de México de muy noble sangre, pero mucho más resplandeció su nobleza en la virtud. Porque desde sus tiernos años, con grande desengaño de la vanidad de las prosperidades y bienes de la tierra que podía pretender quedándose en el siglo y teniendo en él una parentela muy ilustre, todo lo renunció por Cristo, acogiendo á la Compañía de Jesús, cuyo Instituto abrazó con tantas veras, que en ella fué un ejemplo de religiosa perfección. En sus estudios de Artes y Teología salió tan aventajado cual pide el grado de profeso de cuatro votos, que en la Compañía N. P. General le asignó. En ordenándose de Sacerdote se ejercitó en el ministerio de la predicación, y sus sermones eran muy bien oídos; porque además de la gracia natural y facilidad que tenía en el decir, hablaba al corazón con tal afecto y deseo del aprovechamiento de las almas, que movía á los oyentes á la enmienda de sus vidas y lágrimas de devoción. Lo que en las pláticas particulares trataba era de cosas de espíritu y de Dios y en particular de la Virgen Santísima Nuestra Señora, de quien era devotísimo, y también de la virgen y mártir Santa Agueda; hablando en estas pláticas con tanta ternura y dulzura, que se echaba bien de ver la que él tenía y de que participaba su corazón.

Concurriendo en el P. Diego de Villegas estos buenos talentos, aunque no tenía muchos años de edad, lo empleó la santa obediencia en varios oficios de la Provincia. Fué Ministro en el gran Colegio de México, de Valladolid, y finalmente, Rector del de Guadalajara, donde murió. Y si Nuestro Señor no se lo llevara tan presto, se veían en él tales dotes y talento, que andando el tiempo le juzgaban por apto para gobernar en cualquier puesto de la Provincia. El celo que siempre tuvo del buen crédito de la Compañía y de los que estaban á su cargo, fué grande. Y aunque gobernaba á sus súbditos con mucha prudencia y religioso recato, era muy amado de ellos, por ser notablemente manso y apacible de condición, conforme al espíritu propio de la Compañía. Hacía tanta estima de este espíritu y de su Religión, que aunque era mozo en la edad, muchas veces se le oía decir que por asegurar su muerte dentro de la Compañía y por lo mucho que le cansaban las cosas del mundo, admitiría luego de muy buena gana el

morirse; buena señal de que estaba prevenido para este trance (como dijo San Gregorio del que tiene buena cuenta que dar al Juez): *Qui autem de sua spe et operatione securus est latus iudicem sustinet.* Y verificábase más esto en el Padre, que tenía un tal aprecio de la salvación eterna, que le hacía muchas veces prorrumpir, y era exclamación suya repetida muchas veces en el púlpito, y la decía en nombre suyo y del auditorio: «Sálveme yo, y lo demás vaya ó venga.»

Con el ejemplo de las grandes virtudes que resplandecían en el P. Diego de Villegas, donde quiera que estaba le tenían por santo y hacían grande estimación de él, y esto se echó más de ver en los pocos meses que estuvo por Rector del Colegio de Guadalajara, donde se llegó su santa muerte, la cual sucedió así: Caminando á ejercitar el oficio que la obediencia le había encomendado desde Valladolid de las Indias á Guadalajara, casi cuarenta leguas distante, le sobrevinieron algunos accidentes de enfermedad de que él no hizo mucho caso por su acostumbrada mortificación; y en cinco meses que estuvo en este Colegio no dejaba de predicar algunos sermones, y con ellos y con el trato con los ciudadanos, dió tal olor de su virtud, que todos conocieron lo mucho que Dios había depositado en este santo varón, aunque finalmente los achaques obligaron á que se tratase de la cura de su enfermedad: esa decían que se había errado, pero con grande acierto de Nuestro Señor, que quería llevar para sí al que le había servido con tanta fidelidad. Cargando la enfermedad, crecían los dolores y al mismo paso la paciencia y resignación en las manos de Dios; y así entrando un Padre á decirle de parte del médico que se aparejase con los santos Sacramentos, porque dentro de veinticuatro horas moriría, el buen Padre Rector le echó los brazos encima, abrazándole con lágrimas de devoción, y le dijo: «Dios se lo pague á vuestra reverencia que no me podía dar mejores nuevas, pues me tengo de ver con Dios tan presto.» Recibió luego los Sacramentos con grande reverencia y actos de contrición, pidiendo á los circunstantes, como verdadero humilde, le ayudasen trayendo á la memoria cuán grande pecador había sido. Al tiempo de morir hacía regaladísimos coloquios con un Crucifijo que tenía en las manos, con los cuales sacaba hartas lágrimas de los circunstantes: invocaba muy á menudo los dulcísimos nombres de Jesús y María y de otros santos sus devotos, con cuyo favor, faltándole muy poco antes de expirar el habla, dió su espíritu al Criador, dejando á los de casa más envidiosos que apenados con tan dichoso fin de su Rector. El sentimiento de la ciudad, aunque había estado tan poco tiempo en ella, fué extraordinario, llorándole cada uno como cosa propia. No faltó así hombre al entierro, y aun las mujeres también; el Presidente y Oidores de esta Real Audiencia, dejando la de aquel día, acudieron con sus Ministros á nuestra Iglesia, y los religiosos de todas las Religiones de la ciudad. También vino á honrar este entierro el Cabildo Eclesiástico Sede Vacante, y señalándose mucho en estas muestras de amor, porque vinieron los señores Prebendados en forma de Cabildo desde su Iglesia á la nuestra, vestido el Maestrescuela, con Diácono y Subdiácono, acompañados de toda la clerecía que convocaron para esto, y con la cruz de la Catedral y clamoreando las campanas doble de Cabildo, llegaron en procesión á nuestra Iglesia, donde habiendo dicho un solemne responso en canto de órgano, los Superiores de las Religiones tomaron las an-

das, y poniéndolas en la Capilla mayor se dijo un nocturno y después la Misa, y enterraron el cuerpo con toda la música, solemnidad y honra que si fuera el mismo Obispo. Demás de eso se dijeron aquel día algunas Misas cantadas en nuestra casa y en otras Iglesias y en algunos pueblos de su alrededor. Los Superiores de las Religiones le habían cobrado tanto amor y estimación, que le hicieron las exequias que suelen por sus religiosos, y hasta en el monasterio de las monjas de esta ciudad se le dijeron dos Misas cantadas. Finalmente, era tanta la estima que de su santidad se tenía, que muchas personas venían á los nuestros á pedirles el rosario, ó la imagen, ó alguna otra prenda del difunto, como reliquia de santo. Que así honra Nuestro Señor á sus siervos, aun en esta vida, cuyas almas gozan de su vista bienaventurada en la eternidad. Murió el año de 1598.

## CAPITULO XXIV.

VIDA Y VIRTUDES DEL HUMILDE HERMANO JUAN DE URRUTIA,  
COADJUTOR TEMPORAL DE LA COMPAÑÍA. AÑO DE 1610.

Uno de los sujetos con que también Nuestro Señor quiso honrar el Colegio de Guadalajara, fué el humilde Hermano Juan de Urrutia, coadjutor temporal, que murió el año de 1610, habiendo vivido con singular observancia y perfección en su estado. Fué natural del Reino de Navarra, de donde siendo mancebo pasó á estas partes en servicio del Marqués de Falces, Virrey de esta Nueva España. El tiempo que estuvo en su palacio, vivió honrada y virtuosamente á juicio de los que lo conocieron en el siglo. Pero Dios, que le tenía escogido para vida más perfecta, le cortó el hilo de sus mayores pretensiones, y cuando más engolfado estaba en el mundo tratando de sus intereses vanos y sin sustancia, le previno misericordiosísimamente llamándole á religión y avisándole con voces sensibles de su peligro, y de que había de dar al través si navegaba por el mar inconstante y tempestuoso del siglo. Porque partiéndose de México para la Puebla de los Angeles á rescatar cierta cantidad de grana, al pasar por el volcán que está en el camino, oyó una voz que le dijo: *si no dejas el mundo, te has de condenar.* Él, mirando á todas partes y no descubriendo persona alguna, sin reparar más en ello prosiguió adelante su viaje. Pero volviendo de la Puebla á pocos días, en el mismo lugar que antes oyó que segunda vez le decían: *si no dejas el mundo te has de condenar.* La cual voz aunque le hizo reparar y volver sobre sí algún tanto, mas los negocios seculares que traía entre manos y su poca disposición, le divirtieron de este recuerdo y no le daban lugar á oír los avisos del cielo, cuyos golpes hacían tan poca mella en su pecho, como si fuera un diamante. Pero ofreciéndosele otra vez pasar por el volcán, en el mismo paraje que en las dos antecedentes, oyó la tercera vez las mismas palabras: *si no dejas el mundo, te has de condenar.* Con lo cual, temeroso de la justicia de Dios que con aquellas palabras quiso quebrantar la dureza de su corazón y abrirle los ojos para que viese la luz, quedó del

todo rendido á su voluntad, claramente expresada en las voces con que tres veces le había manifestado lo que para su salvación le convenía. Trató luego de dar mano al mundo y sus vanidades y hacer divorcio con él, acogiéndose á la Religión á que Dios le llamaba como á puerto en que sólo estaba seguro, y compuestos todos sus negocios seculares, pidió ser recibido en la Compañía de Jesús, donde fué admitido á la primera probación. Comenzó el novicio la primera semana con los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, con propósito firme de dedicarse todo á Dios con fervorosos deseos de vivir y morir en su servicio. Estos días, que suelen ser de suyo los más trabajosos y penosos á los principiantes, los pasó con extraordinario consuelo de su espíritu, porque la Virgen Santísima le quiso honrar y regalar con su celestial presencia, apareciéndosele acompañada de dos venerables ancianos, y mirando esta piadosísima Reina al nuevo soldado de la Compañía de su hijo, con rostro amoroso y apacible le dijo: *Yo salgo por tu fiador*, y dicho esto desapareció, dejándole bañado de un consuelo tan grande, que sólo quien lo causaba lo pudiera declarar. Esta revelación contó él con confusión á su confesor poco antes que muriese, y con extraña confusión se compungía, diciendo: «esta misericordia me hizo la Madre de Dios y aquellos santos ancianos que me parecieron San Pedro y San Pablo, y yo era tan insensible y animal que no hice aprecio de ella para agradecerla y servirla.» Pero verdaderamente, con las obras que son indicios ciertos del verdadero agradecimiento, daba muy bien á entender el santo Hermano que tal tesón y fervor en la virtud como tuvo desde que entró en la Religión sin aflojar un punto hasta la muerte, nacía de algún singular regalo y favor divino, porque en todas las virtudes se esmeraba de modo, que tenían en él todos motivo de glorificar á Dios, y un claro espejo donde mirar la perfección religiosa.

Y comenzando por la obediencia, que es el esmalte y divisa de los verdaderos hijos de la Compañía, fué en ella tan consumado, que por más que le mandasen y más oficios que le diesen, nunca supo abrir la boca para quejarse, ni dar una mínima muestra de voluntad contraria, ni atreverse á proponer aun en cosas muy difíciles que le ordenaban y que parecían vencer sus fuerzas, presumiendo que con la ordenación del Superior venía el caudal para ejecutar todo lo que le mandaban. En particular se experimentó esta su resignación y concurso divino en la población y administración de una estancia de ganado mayor en Pátzcuaro, que por ser tierra caliente y tener otras incomodidades, eran pocos los que arrostraban el parar allí; y él á la primera insinuación de la obediencia la abrazó con tan feliz suceso como si toda su vida se hubiera criado en el campo, siendo esta la primera vez que salía de las paredes y sombra que en casa se suele gozar. Celaba tanto el aumento de lo que le habían encargado, que un día, prendiendo el fuego en la sabana y habiendo cundido por casi un cuarto de legua, sin atender á la dificultad de lo que emprendía, sino al daño que recibiría el ganado, se puso solo á apagarlo, y en la mayor parte salió con ello; pero tan lisiado del trabajo, que toda la vida tuvo que padecer. Cuando estaba en los Colegios, viendo los Superiores la facilidad y agrado con que hacía lo que le mandaban, le encargaban, como suele suceder, de casi todos los oficios de la casa, y esto no por poco tiempo, que de uno fué por veinte años despertador,

acudiendo cuando se veía apretado y afligido al refugio ordinario de la oración, pidiendo á Nuestro Señor y á su bendita Madre que alentase su flaqueza para llevar adelante la carga de sus oficios, y salía tan bien despachado que decía que se hallaba de repente con tal ánimo y fuerzas como si no hubiera hecho nada, prosiguiendo con más alegría sin descansar. Ninguno le vió jamás ocioso, sino trabajando en su ropería, oficio que también ejercitó muchos años en este Colegio de Guadalajara; y si alguno le rogaba que diese algún alivio á su cansado cuerpo, respondía: «Ay, pobre de mí, que me veo en la vejez cargado de años y no he hecho nada, y querría recuperar algo de lo mal que he trabajado, y de eso tengo grande escrúpulo.» Causábale notable admiración que hubiese en la Compañía alguno que no obedeciese con toda puntualidad, que no hiciese su oficio con toda diligencia y solicitud. Y era modo suyo de decir: «Válgame Dios, que si sirviéramos á un secular por un salario temporal, no nos atreviéramos á hacer cosa mal hecha, y que habiendo recibido de Nuestro Señor tantos beneficios y bienes, y esperando de recibir otros mayores, le sirvamos remisa y negligentemente!»

No sólo era su resignación y obediencia para los oficios y ejercicios, sino también para la habitación y puestos donde había de morar, sin valerse de la diligencia que da la regla para proponer cuando el temple es dañoso á la salud. Y aun instado algunas veces de los Superiores, respondía: que no había mal clima donde influía la obediencia, y para estar más dispuesto á ser movido de ella, no hubo oficio que no supiese aventajadamente. aprendiendo de propósito todos los que en la Compañía suelen los Hermanos coadjutores ejercitar.

A esta virtud de la obediencia acompañaba una humildad profunda, estimando y haciendo alto concepto de cualquiera cosa que en otro veía, y despreciándose á sí y teniéndose por el más vil del mundo. No sólo á los Superiores y Sacerdotes, sino á todos los de casa prevenía con el bonete, teniéndolo en la mano mientras les hablaba, descubiertas sus venerables canas hasta que se cubría á pura importunación. Su trato con los seculares era apacible y cortés, dándoles siempre el primer lugar, haciéndoles la hora que podía con mucha llaneza y verdad. Rendía infinitas gracias á Dios cuando sabía que alguno de casa acudía á su oficio con cuidado, y decía él, que andaba en continua mortificación de su voluntad: «Sabemos cuán difícil es á nuestra naturaleza ruin obrar virtuosamente.» Con todos los oficios y ocupaciones exteriores que tenía este siervo de Dios, no perdía de vista, sino que traía continua presencia del Señor, ni le faltaba tiempo para su retirada y larga oración, en que gastaba muchos ratos, engolfándose en ella de tal suerte, que parece le desamparaban los sentidos retirándose á lo interior todas las fuerzas del alma, y regalándole el Señor con el dón de lágrimas, las cuales eran una avenida copiosa con que su alma era regalada y llenada de celestiales consuelos.

Ayudaba á esta alta oración y presencia divina un tan recatado silencio, que no había quien le cogiese en una palabra ociosa, y si hablaba fuera de las salutations comunes alguna cosa, había de ser de Dios, y lo hacía con tal gracia y suavidad, que no sólo no enfadaba, sino que con su fervor y modestia, componía á los que se hallaban presentes. Su mortificación y penitencia correspondían también á su oración. Negaba su voluntad en cuanto se le ofrecía, no admitía aun

en la vejez regalo alguno si no era por la obediencia; trataba su cuerpo con mucha aspereza y rigor, y esto con tanto secreto, que casi nadie lo sentía. Halláronse después que murió dos jubones forrados con piezas de rallo para tener que remudar. Sobre esto, se añadían sus dolores ordinarios de gota, orina y riñones, llevándolos con tan grande serenidad y fortaleza, que no desplegaba sus labios para quejarse. Y estando en lo último de la vida, haciendo tiernos coloquios con Cristo Nuestro Señor y sobreviniéndole un dolor agudísimo, le obligó á dar un suspiro, y corrigiéndose dijo: «¡Ah! traidor, ¿de qué te quejas, que ardiendo en el infierno habías de estar?» Y cumplió toda su vida el consejo evangélico de arrojar de sí el cuidado temporal del sustento y vestido en las manos del Padre celestial, por medio de los Superiores, á ejemplo de las aves y los lirios, y así, ni en casa ni por los caminos cuidaba de comodidad propia, ni la llevaba si el Superior no le prevenía, contentándose siempre con poco; en el vestido buscaba lo peor, en el aposento y en todo lo demás, cercenando cuanto era posible lo superfluo. Porque él había reducido como María, todos los cuidados á uno, cuidando de sólo Dios y de sus Hermanos por el mismo Dios; amábalos tiernamente y á todos los quisiera meter en sus entrañas, y cuando tenía ocasión de ejercitar la caridad con alguno, parecía que estaba en su centro y que no cabía en sí de consuelo, y con estar muy exacto y apurado de dolores en la vejez; él por su misma mano lavaba los vestidos y los remendaba, con más gusto que si fuera madre de cada uno. A los que llegaban á pedirle alguna cosa á la ropería, recibía con sumo agrado y daba gusto en cuanto podía, de manera que salían edificados de su gran caridad. Esta resplandecía más cuando cuidaba de los enfermos, acudiendo á su regalo y desvelándose por su alivio, disponiéndoles los alimentos con tal gracia, que despertaba el apetito más postrado, haciendo en orden á esto muchos jarabes, purgas y medicinas que le enseñaba más que los libros, el tierno afecto de sus Hermanos, concurriendo el Señor de suerte, que parecía haberle comunicado el dón de sanidad. Fué, finalmente, este siervo del Señor, consumado en todas las virtudes que forman un perfecto religioso, tan apartado de todas las cosas de la tierra, que por ninguna de ellas perdía la paz interior, ni en lo de fuera daba muestra alguna de turbación. A todos era un modelo de perfección y un retrato de todas las virtudes, y espejo en que todos se miraban. Era dicho común entre los de casa: voy á ver al Hermano Urrutia, que con sólo mirarle y considerar sus virtudes, me parece que salgo aprovechado como si hubiera estado en oración. Tan grande era el concepto que hacían de su santidad.

Llegó, pues, el tiempo en que había dispuesto la divina Providencia llevar á mejor vida á nuestro bendito Hermano y darle el premio de sus religiosos y ejemplares trabajos. Apoderóse desde antes de su muerte una calentura que le tuvo en la cama, acrecentándole sus antiguos dolores y sobreviniéndole otros que le dieron en qué merecer y perfeccionaron la corona de su grande paciencia y sufrimiento, reduciéndole á tal estado, que con mucha dificultad pasaba una cucharada de pisto, pero esto no era parte para dejar de tomar lo que el médico y la obediencia ordenaba, y con estar todo cogido en dolores, no se le oyó en este tiempo una mínima impaciencia ó menos conformidad con la voluntad de Dios. Díjole un Padre de casa: «Hermano

Juan, bien sería se mudase de este aposento que se está cayendo, á otro del cuarto nuevo, donde estará con más comodidad;» y él respondió: «bien estoy aquí, Padre,» y tornándole á hacer instancia, dijo: «si es orden de la obediencia, aquí estoy, vamos; pero si es por gusto mío, ninguno lo será mayor que morir aquí en mi oficio, porque aunque con trabajo, doy desde la cama recaudo al sastre y á los de casa.» Cuando oyó que el médico le deshauciaba, se alegró; y llegando á despedirse de él todos los de casa, los fué abrazando con gran ternura y devoción, y cuando llegó á los Hermanos, mientras tenía abrazado á cada uno, le decía: «Hermano Fulano, lo que le encomiendo en esta hora, es que con mucho cuidado haga siempre su oficio, y que no se pierda por mi Hermano la caridad.» Acabado este acto tierno, pidió un crucifijo, besó sus sagrados pies, manos y costado, y teniéndole en una mano y con la otra hiriendo su pecho, sus ojos hechos fuentes de lágrimas, comenzó á eutonar el Miserere, y verso por verso fué prosiguiendo todo el Salmo, con tal pronunciación y acentuación, como si hubiera estudiado, cosa que todos notaron por no haberle oído los que le conocían otra palabra en latín, prosiguió en dulces coloquios y repitió: «*Adoremus te Christe, etc.*» Y habiendo recibido todos los Sacramentos con singular devoción, y teniendo siempre en la boca los dulcísimos nombres de Jesús y María, dió su bendita alma al Criador á las dos de la mañana, día de los santos mártires San Fabián y San Sebastián, año de 1610, á los 66 de su edad y 36 de Compañía. Fué muy sentida de los de casa y de los de fuera su muerte, y entre todos mostró la devoción que le tenía el Padre Fray Juan de la Peña, Provincial que acababa de ser en San Francisco en su Provincia de Guadalajara, el cual celebró el oficio y Misa de cuerpo presente, beneficiándola la capilla de San Francisco á canto de órgano, con extraordinario concurso de toda la ciudad.

## CAPITULO XXV.

MOTIVO Y PRINCIPIO DE LA CASA DE RESIDENCIA  
QUE ASENTÓ LA COMPAÑÍA EN LA CIUDAD DE ZACATECAS;  
VÉNCESE UNA GRANDE CONTRADICCIÓN  
Y DESCRÍBESE ESTA CIUDAD. AÑO DE 1589.

Después de la fundación de nuestro Colegio de Guadalajara, de que acabamos de escribir, el que se le sigue en tiempo es el de la ciudad y real de minas de Zacatecas; y para que mejor se entienda el lugar y puesto de esta fundación, conforme á lo que tengo propuesto en esta historia, debo brevemente decir el sitio que en el Reino de la Nueva España tiene la ciudad de Zacatecas, y la ocasión con que los españoles la fundaron en este Nuevo Mundo. Y lo primero, digo que respecto de la imperial ciudad de México dista de ella, á la banda del Norte, espacio de ochenta leguas la tierra dentro, y en medio de los latísimos campos que ocupaba (sin casa de asiento ni hogar) la más fiera